

LAS VÍCTIMAS Y NOSOTROS

Iñaki Viar

Quiero agradecer en primer lugar a Carmelo Malda, y al Grupo de Psicoterapia Analítica de Bilbao, por esta invitación a hablar aquí, con ustedes, de los efectos del terrorismo en el País Vasco. Su invitación me ha sorprendido agradablemente. Es la primera vez, que yo sepa, que se realiza en un medio que se ocupa de salud mental, de psiquiatría o psicoanálisis, una conversación sobre los efectos que el terrorismo de ETA ha producido en nuestro país a lo largo ya de varias décadas.

Sorpresa porque creo que es evidente que a lo largo de estos años, en la sociedad civil, se ha hablado muy poco en libertad de esta cuestión.

“Los efectos psíquicos del terrorismo en el País Vasco” es el tema que nos convoca. Quiero dejar claro, de entrada, a qué me voy a referir. Para ello me ha parecido conveniente introducir el tema por la actualidad de esta misma semana. Con dos noticias que he leído ayer en “El Correo”, periódico de Bilbao.

La primera aparece en la página 26, donde el diario hace la crónica de un juicio contra los presuntos asesinos de un concejal de Zarautz, José Ignacio Iruretagoyena, asesinado por ETA mediante una bomba lapa puesta en su coche y que destrozó su cuerpo. Dice la crónica: Casi doce años después de la muerte del concejal, su mujer, María José Imaz, que nunca hasta ahora había hablado públicamente, contó al tribunal que “en todo este tiempo he querido proteger a mis dos hijos- tenían 4 años uno, y pocos meses el otro- sin darles detalles del atentado”. Al mayor, dice María José, que tiene ahora 16 años, “no se lo he podido decir hasta este año porque yo no estaba bien. El pequeño, de 12 años, todavía no lo sabe”. Desde entonces, María José, ha pasado ocho veces por el quirófano por varios motivos, y en 2006 le intervinieron de un cáncer de mama del que los oncólogos sugirieron una posible relación con el sufrimiento padecido. Mientras, los acusados en el juicio, dice El Correo, se rieron.

La viuda de Iruretagoyena reveló que tras el atentado recibió “llamadas inhumanas” en su contestador telefónico. Algunas decían: “José Ignacio, cabrón, por fin fuiste al paredón”. Hasta aquí la crónica.

De su relato podemos inferir que María José Imaz ha debido tener graves dificultades para sobrellevar su inmensa desgracia, y le deseamos fervientemente que haber podido expresarse públicamente ante la Justicia, y obtener una reparación, le ayude en su trabajo de duelo.

Pero ¿qué ocurre con estas noticias y con el horror que nos inspiran? Que afortunadamente las olvidamos. La distancia respecto a las desgracias, nuestra no implicación afectiva, libidinal, nos permite que ese mecanismo de defensa que es el olvido nos haga recuperar nuestra normal subjetividad. La que necesitamos para vivir nuestras vidas.

Ahora bien, ello no deja de tener consecuencias, como veremos.

¿Por qué es tan difícil el duelo para las víctimas del terrorismo? En las víctimas del terrorismo la pérdida de un ser querido conlleva un grave efecto traumático. Pues el asesinado por el terror sufre, además, lo que llamaríamos una segunda muerte: la injuria que recae sobre el sujeto fallecido. Porque se le ha matado por ejercer sus derechos y cumplir sus obligaciones, y en nombre de una acusación infamante, que le califica, de diversas maneras, de "enemigo del pueblo". Esta infamia se declina de varias maneras, pero siempre con la significación de que el muerto ha merecido ese destino por el daño del que le acusan. Este efecto traumático que añade a la pérdida la humillación, el agravio a su memoria, dificulta enormemente el duelo.

Toda pérdida de un ser querido nos amputa parte de nuestra vida afectiva, nos produce un agujero que es el vacío que deja el objeto amado. El trabajo de duelo es reconstruir el tejido de palabras e imágenes, de representaciones fantasmáticas que encauzan nuestro ser pulsional, y que nos permite recomponer nuestra organización libidinal, la necesidad de volver a invertir nuestra energía psíquica en todo lo que permanece en nuestra vida. Es lo que llamamos un duelo normal. El respeto a la memoria del ser querido, el recuerdo de lo bueno que en él hubo para nosotros, es algo esencial.

Pero los deudos de una víctima del terrorismo tienen una grave dificultad porque se enfrentan a un sentido acusatorio que justifica la muerte de su ser querido. El sinsentido ante la pérdida se ve acompañado de la vergüenza, la incomprensión, la rabia... No pueden explicarse por qué alguien ha querido matar a su cónyuge, su hijo, su hermano... Alguien (que puede representarse como un Otro social) ha querido su muerte. Es una significación mortificante que ocupa el vacío dejado por el ser querido. De ahí propiamente su efecto traumático. Por eso les es necesaria una reparación simbólica, que les restituya la dignidad de la víctima.

Alguna cercanía personal, a través de asociaciones y foros cívicos, en las que personas víctimas del terrorismo me han honrado con su compañía, me ha permitido constatar la inmensa y decisiva importancia que para ellas tiene la recuperación de la memoria de sus muertos, del honor de su familia. Como Antígona, no cesarán por conseguir las exequias que sus seres queridos merecen.

Y es decisiva en esta cuestión la reparación por parte de las instituciones públicas debido al elevado poder simbólico que representan. Es el homenaje de este Otro social el que tiene que desplazar al Otro del daño, el que hace posible, con palabras dignas, el reconocimiento que precisan para volver anudar y recubrir el abismo subjetivo que padecen. Esto les restituye en el vínculo social. Algo que parece ser no ocurrió con María José, que tuvo que quedarse en el secreto, con sus dolorosas consecuencias.

En mi experiencia me ha llamado especialmente la atención la fortaleza moral que las viudas de muchas víctimas extraen, a través de años, de una labor constante de reivindicación de la memoria de sus esposos asesinados. Es su manera de realizar el trabajo de duelo. Un recorrido en el que construyen un sentido soportable para su desgracia. Por eso tienen una sensibilidad especial en cuanto a las actitudes de la sociedad respecto al terrorismo. Velan sin

desfallecimiento para no dejar sin respuesta ningún agravio. Y se sienten concernidas con cada nuevo asesinato. Así reanudan con su deber de memoria, que no acabará hasta que acabe el terrorismo. Por eso mismo son quienes mejor saben hablar a las nuevas víctimas.

Puede ser más difícil para quienes fueron niños cuando perdieron a sus padres. Hace un tiempo, la viuda de un militar asesinado por ETA nos comunicó a algunos amigos que quería venir a Bilbao con su hijo de 18 años, pues estaba preocupada por algunas actitudes y manifestaciones de odio y repulsa de éste hacia los vascos, a quienes culpaba de la muerte de su padre. Se trataba de un muchacho que tenía unos 10 años cuando perdió a su amado padre.

Comimos con ellos, les enseñamos la ciudad y conversamos con el muchacho. Nos encontramos un joven algo inquieto y esquivo que, a ratos, se esforzaba en ser amable. Al menos, pudimos decirle que la inmensa mayoría de los vascos condenábamos y lamentábamos profundamente la muerte de su padre. Que quien le había matado no era el pueblo vasco, un gran Otro, sino sólo algunos pequeños otros que pretendían indignamente actuar en nombre de todos. Y que podía esperar que se hiciera justicia. Confío en que el muchacho haya encontrado una buena vía para no quedar atrapado en ese vacío negro que le atormentaba y que la justicia apague su odio. Afortunadamente nuestras víctimas no se han extraviado por el camino de la venganza. No han caído por ese precipicio, como en otros lugares. Para bien de todos nosotros.

El ejercicio de memoria de las víctimas es un deber de la sociedad democrática. No sólo porque es de justicia sino porque es, además, una verdadera terapéutica social: ayuda al duelo y previene el desencadenamiento de más violencia.

Hay otro tipo de víctimas que viven bajo los efectos traumáticos de las amenazas. Me referiré sucintamente a algunos casos que he tenido ocasión de atender.

Un hombre, empresario de cierta edad, se presenta en mi consulta con escoltas que le acompañan hasta la puerta. Refiere sufrir pensamientos obsesivos en relación a cosas que no hizo y de lo que se arrepiente dolorosamente. Y como corolario, unas dudas angustiosas sobre qué decisiones tomar en su vida. Me relata que está amenazado por ETA y la policía le ha puesto escolta porque corre serio peligro. Dice no tener miedo y no da demasiada importancia a las amenazas. Pasado un tiempo, en base a su relato, le pregunté si no había caído en la cuenta que sus síntomas habían comenzado poco después de saber que estaba amenazado. Quedó sorprendido de esa relación. Había negado que a un hombre como él las amenazas le hubieran podido perturbar tanto. El trabajo subsiguiente hizo que fuera atemperándose su síntoma y que encontrara nuevas respuestas.

Otro hombre, profesional con éxito en su vida, acudió por estar angustiado desde hace varios años, tras haberse librado de un atentado. Al detener su automóvil en su destino cotidiano, se le acercó un joven que le apuntó con una pistola. Oyó el chasquido que éste hizo para situar la bala en la recámara. No sabe cómo, pero se dejó escurrir en el asiento del coche

y apretó el acelerador, saliendo lanzado hacia adelante. El terrorista se apartó y no disparó. Cuando se lo contó a la policía no le creyeron, obviamente se desesperó.

Más tarde la policía le dio la razón, pues supieron que un agente hacía también el mismo recorrido diariamente, con aspecto y automóvil parecidos, y que le habían confundido con él. Lleva estos años con temor a que le asesinen cada día. Cambia de itinerarios permanentemente, y ha elaborado una cartografía con los que considera más peligrosos o más seguros. Este carácter ritual de su comportamiento diario acota su angustia, pero le provoca un sentimiento de desesperanza. Rememora frecuentemente el sonido del chasquido del arma, como signo de la muerte que pudo evitar, y que marca el límite tras el que resta la significación que no puede inscribirse en su inconsciente. Dice un día que, a veces, cuando ve grupos de jóvenes con apariencia de radicales, se para y les mira fijamente. Una actitud que sugiere desafío. A mi pregunta responde que él no puede soportar que ellos no sufran castigo. Le comenté que no estaba obligado a enfrentarse a ellos, que para eso está la policía, que ya encontrarían su castigo. Este empuje mortífero cederá e inventará otra actitud que él llama "esquivar". Se encuentra más calmado y animado. "Simplemente, tengo que esquivarlos", dice.

El traumatizado vive en un tiempo detenido, no es que recuerde y reviva el traumatismo permanentemente. Sino que al no inscribirse el trauma en el inconsciente no le es posible el olvido. Pues para recordar es preciso haber olvidado. Así, ante el traumatismo, cada sujeto responde siempre de manera particular. Elabora su propio modo de sintomatizarlo para poder soportar lo irrepresentable de la muerte, su sinsentido. Y la cura debe tratar de apuntar, no al traumatismo en sí, indescifrable, sino a la responsabilidad del propio sujeto, a su modo de respuesta y a su superación.

Miles de personas han sufrido amenazas. Y continúan produciéndose. Cada uno intenta encontrar su modo de hacer con ello, de buscar ayuda. Es muy frecuente la huida a otros lugares. Así se han ido muchos ciudadanos de nuestra sociedad, lo que sin duda nos ha empobrecido.

Me referiré ahora a otras víctimas distintas: los jóvenes adolescentes que han entrado en la vía del activismo radical. Vía que han seguido muchos que han llegado a ser terroristas. Hablo de los adolescentes que comienzan con prácticas violentas y que, en una progresión siniestra, quedan atrapados en ese mundo. Tuve la ocasión, hace ya tiempo, de atender a un joven de 18 años que se presentó en mi consulta desbordado por la angustia. Este fue su relato: "Entré con 13 años en la kale borroka, era lo normal en mi pueblo; yo era muy bueno para eso: duro y frío, era un líder. Tras varios años y muchas acciones callejeras, me detuvo hace unos días la Ertzaintza. En comisaría me dijeron que me seguían hace años, sabían todo lo que había hecho, mi nombre de guerra. Me enseñaron en el ordenador la lista con los lugares de todas mis actuaciones. Entonces les pregunté: ¿Y por qué no me habéis detenido antes? Por suerte me liberaron sin cargos. Ya en casa, me entró una angustia terrible, hasta ahora".

Podemos conjeturar el efecto especular de verse en la pantalla del ordenador reducido a sus actos violentos: tú eres ese horror, le dijo el espejo. Una cura prolongada le condujo a que pudiera encontrar cierto sentido a la deriva de su vida, explicarse su respuesta violenta frente a la vivencias que el azar cruzó en su vida. Su angustia se expresaba así: "lo que yo podía

haber llegado a hacer". Su espanto era que podía haberse convertido en un asesino, con la culpa consiguiente que fue elaborando con tiempo. Finalmente reorientó completamente su vida en un modo satisfactorio para él.

Su pregunta ¿cómo no me habéis detenido antes? Expresa una dolorosa apelación a la Ley del Padre, y tiene el valor de paradigma de una época en la que estos adolescentes se creyeron impunes en su extravío. Considero que hubo un tiempo de dejación de responsabilidad por parte de la sociedad, cuyo efecto fue que éstos jóvenes quedaran abandonados a sus pulsiones. Vía abierta hacia el terrorismo.

Para una cierta explicación de porqué tantos jóvenes han seguido la vía violenta habrá que recurrir a múltiples causas. Unas históricas, que ahora no podemos descifrarlas en su conjunto, pero que son conocidas. Otras causas vienen de las patologías de la modernidad: patologías del acto, del consumo de tóxicos, del gregarismo violento, de crisis en la familia y en la enseñanza...Quizá tenga algo que ver el declive de la función del Padre y de su función separadora del goce. Pero en mi opinión, lo esencial es la persistencia de un discurso de mitificación de la violencia, que socializa un delirio que soporta un Ideal identitario en base a construir un Otro que integra totalmente el mal y al que hay que eliminar. Y que ofrece a los jóvenes una vía de satisfacción pulsional en la justificación de una praxis de la violencia. Adolescentes que quedan atrapados en ese discurso y anudados al goce pulsional que promueve. Jóvenes que reniegan del orden del mundo, y que concluyen encontrando su enemigo al otro lado del espejo contra el que acaban, de modos diferentes, destruyendo sus vidas. No sin antes acabar con las de otros.

Iré ahora a otro aspecto de los efectos del terrorismo, a la segunda noticia que venía ayer en la página 33 del diario "El Correo". En Durango, el pasado mes de julio, ETA hizo explotar una bomba en la sede local del partido socialista. Alguien dio la alarma y la policía acordonó la zona. La explosión provocó daños importantes. Meses después, varios vecinos han colgado en ventanas y balcones unas pancartas que exigen: "que se vayan". Pero ese lema no apunta a los autores del atentado, sino a sus principales damnificados. Lo que reclaman es el cierre de la Casa del Pueblo. Hasta aquí la noticia del periódico.

Este hecho nos introduce en la cuestión de los efectos del terror en nuestra sociedad. Es el miedo, sin duda. Un miedo que ha impregnado nuestra sociedad durante décadas. De diferentes modos, los efectos y las respuestas a ese miedo configuran una clínica del sujeto social en que estamos inmersos. Pero la denegación del miedo es el mecanismo de defensa más frecuente, más extendido. "Yo no tengo miedo", responden muchas personas en las encuestas, en una formulación tramposa en la que se oculta que, al modo del paciente anteriormente comentado, ellos también tienen sus "itinerarios" para andar por la vida, las cosas que nunca harían, aunque más sutiles, inconscientes incluso.

Y también el silencio, el silencio que segrega la inhibición. Se trata de los efectos que se producen cuando la presencia de la muerte subyace como telón de fondo de nuestro acontecer. Y también la violencia callejera, y las actitudes sectarias amenazantes, y de boicot social, de marginación, que se repiten, tanto tiempo, en diversos sectores sociales y zonas de nuestro territorio.

La cuestión decisiva es la respuesta a ese miedo. Es la cuestión de la política, en su sentido más amplio. La peor respuesta es la que llega a culpar a la víctima, como a los de la Casa del Pueblo. Otras veces ha sido con la Ertzaintza, negándose a la instalación de una comisaría en el barrio. En general, el mayor problema, en una primera época fue la inhibición que el miedo producía. Nuestra sociedad empezaba en los años 80 a caminar en democracia y aún faltaba mucho. Lejos están, afortunadamente, aquellos tiempos en que cuando ETA mataba a alguien se extendía un comentario ominoso: "algo habrá hecho".

Hemos superado ya eso. Hace ya años que ha cambiado en gran parte. La batalla contra el terrorismo que introduce el miedo en la población exige un liderazgo democrático firme y legitimado. Porque los ciudadanos, individualmente, es difícil que puedan expresar una respuesta política al terror. El ciudadano acobardado, solo, sin una directriz que le dé confianza, queda reducido a la impotencia. Lo explica con claridad el Freud de "Psicología de las masas". Se necesita la personificación de un ideal liberador para que las gentes establezcan su vínculo con él y se decidan a actuar. Esto, como sabemos por la historia, puede ser para bien o para mal. Depende de los ideales hacia los que se moviliza a los ciudadanos.

Durante bastante tiempo los liderazgos políticos no cumplieron esa función. Se desplegaban desde la retórica hueca o altisonante hasta la resignación o la complicidad. Después hemos entrado en otra época, y considero –y esto es obviamente discutible, como toda valoración política- que se ha ido gestando otra actitud del sujeto social ante el terror. Fueron primero las voces libres que con coraje crearon una conciencia cívica del deber de acabar con la pesadilla terrorista, y que los ciudadanos teníamos algo que hacer. Muchos de ellos lo han pagado, y lo pagan, muy duramente. También comenzaron las asociaciones de víctimas, los movimientos cívicos, los actos de expresión pública, como los lazos azules contra los secuestros, y finalmente ocurrió un hecho trágico que tendría un efecto sorprendente: el asesinato anunciado, en tiempo real, del joven concejal de Ermua, Miguel Ángel Blanco. Esta espera de la muerte decretada despertó a la sociedad vasca que se movilizó de manera masiva. Representación dramática de efecto catártico, que identificó al coro social con la víctima y le rescató de la inhibición. Estoy de acuerdo con quienes han calificado esos días como una revolución política: los ciudadanos no solo repudiaban el crimen, sino que emplazaban a todas las instituciones, gobiernos y partidos a asumir una responsabilidad ineludible.

A partir de ahí, la sociedad se ha expresado de muchas y variadas formas. Es esta asunción de responsabilidad por los ciudadanos la que cambia la posición subjetiva y hace salir de la parálisis del miedo. Yo diría que nuestra sociedad es más sana, democráticamente, pues la salud social es, como en cada sujeto, la capacidad de asumir las responsabilidades que en su época le han correspondido.

Desde Freud, que nos explicó con la metáfora del "asesinato del padre de la horda primitiva" el origen de la Ley que hace iguales en derechos a todos los miembros de una sociedad, esencialmente en el derecho al disfrute de la vida, sabemos que toda muerte producida a un miembro de nuestra colectividad nos concierne. Porque tiene el mismo derecho a la vida que nosotros o nuestros hijos. Porque el asesinato de un ciudadano rompe el pacto simbólico en

una sociedad y pone en cuestión que puede ser cualquiera de nosotros, y que, por tanto, atañe a nuestra responsabilidad.

Por eso la inhibición genera culpa. A cada uno su cuota de culpa que, como sabemos por Freud, es el único sentimiento que puede quedar inconsciente, pero no sin causar efectos sintomáticos, como transformar la culpa en agresividad. Como se puede constatar en la hostilidad y el desprecio que se expresa contra las víctimas en tantas ocasiones.

Asumir la responsabilidad es la única forma de tramitar esa culpa y de dirigir la libido hacia nuestros deseos. Quienes trabajamos con el sufrimiento humano mediante la palabra, sabemos de la importancia de hablar en libertad, y ése es nuestro grano de arena a esta tarea.

Porque vencer al terror es un combate moral, más acá de la política. Consiste en hacer que logre prevalecer un discurso que responda al que sustenta la praxis perversa en todos sus aspectos. Es la responsabilidad del sujeto ciudadano.

De lo que se trata es de que, al final de esta pesadilla, se pueda construir un relato transmisible a las generaciones venideras de cómo, en este lugar y este tiempo, se consiguió una victoria sobre la pulsión de muerte que habita en la condición humana.

Bilbao 12 de diciembre de 2009